

GACETA DEL ÁNGEL

La influenza

GERMÁN DEHESA



Creo que la actual epidemia de influenza porcina nos agarró a todos los mexicanos tragando dirigibles. Literalmente de un día

para otro, la Ciudad de México que milagrosamente mantenía un aceptable nivel de salud, recibió la masiva invasión de unos virusitos muy muy chirris, pero muy perjuiciosos. A la gente la dejan en calidad de hilacho, claro que aquí hay que tomar en cuenta los miles y miles de mexicanos que ya están instalados en la fase pre-hilacho de modo que, en cuanto les aqueja cualquier dolencia, pueden mandar a la señora a que los reporte enfermos de bastante cuidado.

No sé qué pasó. Yo me fui con la certeza de que mi casa estaba sosegada, estuve trabajando día y medio en Ixtapa-Zihuatanejo y ahí mis jornadas de trabajo fueron llevaderas y muy gratas por obra y gracia de la gente de "Cinépolis" que fue una amabilísima anfitriona. Como al vuelo de ida llegué con Pancho arrojando los bofes y con el avión a diez segundos de cerrar el vuelo y largarse, ahora en el vuelo de regreso a la tierra dentro, mis contratantes me dejaron en el aeropuerto con más de una hora de anticipación. Detesto esas horas muertas donde toda la humanidad ahí representada le pone pausa al cerebro y deja que la baba fluya. Muy poco grato y estimulante.

El viernes por la noche regresé a la muy noble y leal. El aeropuerto de la ciudad estaba como terminal del Metro, pero siempre está así. Ya en el Viaducto, Pancho que jamás estará al frente de algún noticiero, intentaba explicarme las nuevas condiciones que reinaban en la Ciudad de México. Lo que alcancé a entender me pareció una exageración, pero luego resultó que no, que la Ciudad, hasta nuevo aviso, estaría en una forma de cuarentena y que el buen Secretario de Salud y Felipe Presidente estaban francamente preocupados. En cuanto las cosas se plantearon así, de inmediato me di cuenta de que, por un tiempo indeterminado, mi colaboración periodística había pasado a valer gorro. Es una situación totalmente inédita para los que tenemos setenta años o menos. Como entre la bruma creo recordar un brote agudo de parálisis infantil que se dio en México a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Alguna de esas almas imaginativas y chismosas que nunca faltan en estos eventos, decidió que no había mejor preventivo para este mal que las bolas de naftalina. Veloces cual la bala, nuestras madres procedieron a retacarnos de naftalina en todos nuestros bolsillos y en unas bolsitas que cosían con mucho primor. La incidencia de la poliomielitis no se modificó, pero el olor de los niños aztecas se volvió intolerable. Olíamos como a gorro de virrey. Esto es casi lo único que, de primera mano, puedo aportar al estudio de nuestra condición actual.

Lo que sí puedo hacer es buscar la salvación por la literatura. En estos días de ocio obligatorio, nos vendría muy bien leer "Diario del Año de la Peste" de Daniel Defoe, uno de los libros favoritos del Gabo. Podríamos leer "El Deccameron" donde Boccaccio nos describe una peste en la ciudad de Florencia y nos cuenta de las familias pudientes que se van a vivir a sus villas de veraneo y ahí se reúnen a contar las historias que forman el libro. Toda la gran novelística europea del siglo XIX está llena de descripciones de ciudades apesadas, en particular la novelística rusa. De modo muy especial, no pueden dejar de leer "La Peste" de Albert Camus que es un estudio implacable, solidario y riquísimo de lo que ocurre en el corazón humano cotejado con estas oleadas enormes de muerte. Si no surge otro tema, de esto y de algunos temas conexos hablaremos a lo largo de esta semana de extraño asueto.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXXXVII (1537)

ARTURO MONTIEL ROJAS.

Cualquier correspondencia con esta columna terapéutica, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

